

Nuevas Memorias de Mambruno

1959

15 MARZO

Día azul y de buen sol, sube Mambruno por una cuesta, ¡dura ascensión!, en tanto va observando unas lomas amarillentas, un valle ocre y después la cárdena amplitud del páramo; brilla, lejana, la nieve de la Demanda. En torno, olmos y chopos, aún sin hojas. Todo, seco y pardo, muy de Castilla; a veces, verdor tímido.

A la entrada, un puente; debajo, torrencial y espumoso, corre el río Urbel. El pueblo es de adobes, fangoso y sucio. En la taberna, muchos campesinos con boinas y trajes de pana beben con gravedad su vaso de clarete.

Mambruno volvió a la ciudad cerca de las tres; venía rendido y con los pies llagados.

21 MARZO

Se ha iniciado lluviosa y nublada la primavera. Mambruno ha escrito durante todo el día, sentía su sangre pujante y primaveral. Por la noche ha paseado la ciudad desierta y mojada de lluvia.

24 MARZO

Esta mañana, con Sabino, a pie, hacia Fresdelval. Caminamos. Se abre espléndido a los ojos el valle de Villatoro. El cementerio de la ciudad, con sus cipreses y parte de las tapias, medio oculto, se queda atrás. El paisaje se ofrece como henchido de una luz interior, mágicamente deslumbrado; brilla el páramo veteado de verdes, allá arriba, dominando el valle, al que una primavera seria y tímida, va recubriendo de verdor; más abajo, colinas

de luz y tierra negra de sembradura verdecida a recuadros. Todo da una impresión de amplitud, de sobriedad, de belleza esencial, verdaderamente impresionante.

Seguimos. Un sendero de chopos y algunas abubillas que se levantan en vuelo. Rodeamos al monasterio de Fresdelval y un prado verde se ensancha a través de nogales y chopos. Los troncos de los árboles están manchados de musgo y de hierba salpicada de violetas. Son flores con alma las violetas y tiemblan encubiertas en el verdor.

Almorzamos, con buen apetito, junto a una fuente. Mientras oye el rumor del agua, Mambruno piensa en sí mismo. Se ve de buena estatura, colorado y robusto. Se enreda en sus propios pensamientos: «Yo no sé, si yo, Mambruno, existo. Supongo que alguien me debe de haber infundido un soplo de vida: como, hablo, opino, ironizo y hasta me río de mí mismo. Pues si soy una sombra, debo ser una sombra rolliza, con muchas ganas de hablar, de comunicar lo que siente.»

31 MARZO

La tarde es roja y fría; nubes de fuego y un viento helador; la tarde es tan desapacible cuanto hermosa. A Mambruno el frío le da vigor, le incita a caminar más ligero. Si, no hay que pedirle demasiado a la vida. Basta con un trocito de felicidad.

Mientras escribe esto, Mambruno observa a un gusanillo que deslumbrado por la luz de la lámpara camina a través de la blancura del papel. ¿Qué busca aquí este ser vivo? ¿Para qué ha nacido? Es absurdo: no tiene sentido, Está visto: el hombre no acierta a comprender nunca el pensamiento de su creador. A Mambruno le da pena matar el gusanillo. Claro es, le molesta su presencia y con él delante no consigue escribir. Por fin se decide y formando catapulta con los dedos, voltea al gusanillo y lo lanza al ciego azar. El gusanillo cayó ileso en la alfombra y empezó a caminar, a vivir de nuevo su aventura en el mundo. Había en Mambruno, al contemplarlo desde la altura, como un hondo amor mezclado a una inocente crueldad de Creador.

3 ABRIL

Tal vez sea el de Mambruno un problema de corazón. En nuestra época el corazón no sirve para nada, ya lo sabe Mambruno, pero él no acierta a cambiar, tendría que traicionarse a sí mismo, y antes que eso prefiere dejar de escribir.

No hay en la época moderna figura que apasione tanto a Mambruno

como la de Van Gogh. La contemplación de sus cuadros en París fué para Mambruno algo inoivdable. Uno de esos momentos en que la vida del espíritu alcanza su plenitud.

Van Gogh inquiere más allá del color, busca el fondo de las cosas y atisba ese misterio que palpita detrás de la realidad. La pintura es algo más que color. Mambruno ha evolucionado también. Fué romántico, luego impresionista, para incidir últimamente en el realismo. Realista, sí, en el sentido de captar la esencia de lo real, su urdimbre misteriosa; en su deseo de hallar ese no se qué que mueve, anima e informa a la realidad. Lo que alienta en el fondo de la realidad es la verdad, soplo moviente, de donde emana la belleza.

5 ABRIL

Mambruno pasea por los alrededores de la ciudad. Al pasar, un muro de piedra y unos perales en flor emergiendo hacia la calle. La primavera verdecida florece en el aire. Hoy Mambruno se siente fuerte, seguro de sí mismo. Ha dormido bien. Para Mambruno la poesía es como un ángel luminoso que le acompaña invisible siempre. Se acuerda de Van Gogh y de su amor inmenso por la naturaleza. ¡Cómo ha captado el alma de los árboles! Sí, algo se siente vibrar en las flores blancas del peral en flor: alma. Esta eclosión es alma.

En la contemplación halla Mambruno una justificación de su vida. Contemplar es sorber, arrebatarse, fundirse con ese peral en flor, porque en sus venas Mambruno siente también el estallido de la primavera.

Sólo quien como Mambruno ha pasado muchas horas de su vida en plena naturaleza, acierta a interpretar esta resurrección de la vida. Como la naturaleza, el hombre ha de persistir hasta la resurrección propia, sí desea crear algo, abrirse en flor, donarse graciosamente.

15 ABRIL

La primavera es lluviosa, hoy llueve; es un día delgado y transparente y el brillo del crepúsculo de un azul celeste.

Nada más idealista y desinteresada que la actividad poética, cénit del espíritu humano; más aún, cuando la poesía, tal el caso de Mambruno, no es un oficio, sino una manera de ser y de vivir; es algo así como una segunda naturaleza.

La poesía es en sí misma realidad, tal como la entiende Mambruno. Signo del poeta es la rebeldía, su amor por la libertad.

16 ABRIL

Mambruno ha leído a Emily Dickinson, tal como se debe leer a un poeta, lenta, amorosamente. Esta mujer vivió en profundidad, sí; iba colmando el alma de soledad, de esa soledad buena, tan necesaria para hallarse a sí mismo.

Coincide con Mambruno la etérea Emily, de cabellos rebeldes como el caparazón de las castañas, en su amor por la naturaleza, Va ebria de aire a través de junto y las alondras. Su alma en el bosque es hermana del cuclillo y la oropéndola, fraterniza con la abeja susurradora, se extasía ante la blanca margarita de botón de oro, aguarda, trémula, la llegada del pétirrojo, ¡cómo se alegra cuando las lilas mecen su corazón de púrpura!, ¡cómo disfruta la paz azul del verano!

Emily pensaba al igual que Van Gogh que morirnos duele mucho, pero aún duele más la vida.

18 MAYO

Cansado como está de tantas cosas, Mambruno no se explica el por qué de su persistencia literaria. Tal vez porque sólo es dichoso cuando se entrega por entero a la creación. Mambruno comprende entonces ese extraño goce que Van Sogh experimentaba al crear.

7 JUNIO

Lluvia. Gris el día. Paseo de Mambruno por el camino de los chopos. Vuelo rasante y rápido de las golondrinas en la orilla del río. Bajan negras y aleteantes y vuelven a ascender fulgurantes, velocísimas. Nunca las ha visto Mambruno tan en compacta masa negra junto a la orilla. El cielo es de un gris lluvioso y todo de un verdor magnífico. Nunca conoció Mambruno una primavera tan verde en Castilla. Sí, camina y los chopos altos y verdes forman un camino de ensoñación.

22 JUNIO

Calor. Nublado de tormenta. Cuando Mambruno está saturado de vida, como hoy, le gusta escribir.

19 JULIO

Toda la mañana a través del bosque, bañado, sumido en verdor, y entrelazado el cuerpo de sombras palpitantes y azuladas. Ora un temblor

de luz y una sombra verde y ramosa que huye. ¡Oh, naturaleza! ¡Cómo no sentirse dichoso de vivir? En la piel se percibe la humedad, se presiente al río que curvado en meandros suena, rumor levísimo. ¡Goce del verano! Ahora son chopos altos y susurrantes o sauces trémulos, de hojas de plata. Mambruno vive: no desea nada. Arriba, la naturaleza, diosa tranquila, y abajo, el alma angustiada del hombre, que no sabe imitarla, que desconoce su secreto inalterable.

25 JULIO

Mambruno cree que la poesía es el espíritu de la vida, la informa por dentro, como el alma a la materia humana; es como un impulso, como un soplo, como un frenesí a veces. ¡Día maravilloso! Cálido, traspasado por un vientecillo fresco. •Tú existes, Mambruno; estás vivo, eres eterno, y no un personaje de ficción. Tienes que encontrar el sentido profundo de la vida, debes prepararte para la eternidad. Con humildad, día tras día. Hay que irse al bosque a escuchar el susurro de Dios entre los árboles, tumbarse en tierra para henchir los pulmones de aroma vegetal, hasta que se sienta palpar en las venas la sangre de la naturaleza, mía y universal.

9 SETIEMBRE

¡Oh! ¡El arco iris! En la tarde azulada y aún húmeda de lluvia surge el arco mágico de colores diversos. El rojo, intenso; el añil, vivo; puro, el blanco; suave, el violeta; transparente, el anaranjado; el verde, brillante; el azul, leve, y tibio, el amarillo. Todo nimbado de luz hermosa, ¡Qué asombro! Halo de dicha, aviso divino de placidez; ahora también salta de júbilo el corazón de Mambruno, igual que en la niñez.

29 SETIEMBRE

Madrid. Mambruno llegó ayer y esta noche pasea solo por la calle Alcalá, que está casi desierta: un tranvía, algún coche, Son las once y media. Cines, teatros, bares y anuncios luminosos, un arco iris artificial: el verde, rojo, azul, blanco, rosa y amarillo, como un embrujo de la noche, como un juego fantástico y singular.

30 SETIEMBRE

En la mañana de otoño de una azul transparencia, de una suavidad peluda como de fruta al tacto, Sale Mambruno y entra en la plaza

Santa Ana. Mira la blanca espalda del «Gran Hotel Victoria», en donde suele parar Mambruno cada vez que viene a Madrid, desde hace ya cerca de doce años. La plaza es recoleta y limpia, en este momento, sin bullicio aún. Cerca, una fuente y rumor de agua, y más allá los ojos de Mambruno contemplan a un abeto, prodigio de jardinería. En torno a la plaza, tiendas y comercios diversos, librerías, cafés, cervecerías: «El Oro del Rhin», se llama una, cervecería alemana, y Mambruno como buen imaginativo se figura un surtidor dorado de cerveza y un chorro blanquecino y espumante, cayendo y cayendo...

1 OCTUBRE

Sube Mambruno la cuesta de Moyano, hacia las librerías de viejo, es un antiguo placer mambrunesco revolver libros viejos y comprarlos, si le interesan, con objeto de incrementar su biblioteca burgalesa. Mambruno tiene buen olfato y a veces adquiere cosas sorprendentes: cuestión de paciencia y de rebusca. La plaza de Atocha, vista desde aquí, es como un círculo que girase en torno de sí mismo resplandeciente de automóviles y vehículos. Tanto a la derecha, como a la izquierda de la calle, verdor, mucho verdor, de árboles o de hierbas, y el lento ascender de los puestos de libros como un viejo río de sabiduría. Al volver Mambruno camina junto a las tapias del Retiro. Todo envuelto en un aura dorada y otoñal. Naturaleza es siempre la misma y siempre nueva también. Cruzan veloces por la carretera del Prado los autos. Deslumbra como un relámpago un autobús rojo. Por el paseo se perfila la verde geometría de los abetos y la lluvia rumsa de los sauces. Mambruno busca soledad, sosiego, hacia el Museo del Prado, necesita descansar de la larga caminata y en un bar, al aire libre, casi al final del Prado, se sienta y pide una cerveza. Desde aquí observa la madrileña gallardía de la Cibeles, su tronco de leones, el agua, encaje finísimo de los surtidores y la vibración lumínica del ambiente, bajo un plácido cielo otoñal.

2 OCTUBRE

Asiste Mambruno a varias tertulias literarias, le gusta más oír que charlar. Caras nuevas. Pero Mambruno tiene viejos amigos y conversa con ellos en un coloquio íntimo y solidario. Mambruno cree en la amistad, una forma de amor sin alas.

3 OCTUBRE

Despertar optimista. Goza Mambruno de buena salud, sale del hotel, baja por Carretas, sigue Alcalá arriba, y para en la rotonda del café «Dólar».

Contempla la calle Alcalá en perspectiva. Mucho verdor a los lados, en ambas aceras. Lejos, la Puerta de Alcalá, bajo sus arcos un río de coches. La Cibeles queda en medio, nimbada de luz y como envuelta en un aura azul. Cielo nublado, grisáceo, con rachas de luz otoñal que todo lo abri-llanta. La calle de Alcalá, en cuesta, enorme y recta y siempre alegre.

25 OCTUBRE

Se acentúa cada vez más el colorido del otoño en el ambiente. Es una especie de amarillez rojiza, entre cobriza, herrumbrosa y grisácea. Huele a otoño, un olor indefinible, penetrante, que llena el bosque entero.

6 NOVIEMBRE

El otoño avanza día tras día con su destructor amarillo, ya los árboles se elevan desnudos de hojas; el bosque, las calles, los paseos, los caminos, se abren desolados a un viento glacial. ¡Cuántos años, lo mismo! En apariencia es monótona en su variedad de naturaleza, pero su belleza es profunda, renovada, distinta. Mambruno ha releído lo que lleva escrito de estas nuevas memorias y ha decidido continuar hasta que realice ese análisis minucioso de su alma que él desea. Antes que termine su actuación como personaje literario, anhela quede bien definida su personalidad y grabada en el corazón de los hombres. Por eso, más que nada, es su alma lo que pone aquí.

8 NOVIEMBRE

Azul diáfano, maravilloso, brilla el oro otoñal. Desde que Mambruno ha empezado a caminar, va pisando montones de hojas secas. Es un camino todo dorado de hojas caídas. Camina Mambruno como envuelto en una lumbre dorada por un sendero de ensoñación. Sube hacia el páramo. Una súbita bandada de gorriones se levanta y brillan sus alas plateadas, es como un abanicar de plata y luz que se abate momentáneo bajo un rosal silvestre, bajo unos cardos que tiemblan por la cargazón de tantos pájaros. Arriba ya, la desolación entre cárdena y gris del páramo, pedregosa amplitud, donde el corazón se ensancha y el pensamiento se abre a través de los ojos hacia lomas desnudas, peñascosas, grisáceas, salpicadas de verdor. Es todo de una belleza tan austera, tan honda y esencial que no admite descripción. Tierra limpia, gris, cimera. Tierra de Castilla propicia para andar. ¡Cerca de Dios, más cerca, aquí!

El páramo no es soledad sino vida, impulso, ansia de caminar, «Cas-

tilla—dice Mambruno—, esta es Castilla», y sólo le responde el silencio del páramo. Un vientecico se frunce hacia la lejanía, hacia los álamos aún verdeantes, hacia los olmos cenicientos.

Son ya cuatro horas de lento caminar, de sentirse más desasido, más uno mismo, más puro y fundido con la naturaleza. El alma navega como por un mar de tranquilidad gris e infinita.

20 NOVIEMBRE

El invierno se ha apoderado de la ciudad; los castaños están ya totalmente desnudos; todo es gris y hace frío y el viento presagía lluvia. Sin duda que influye el tiempo en nosotros, en nuestro ánimo, pero si el corazón quiere se alza, se impone, y es la vida, lo que va por dentro, lo que nos hace dichosos o tristes. Mambruno ama a la vida, la saborea tal un jerez ambarino y generoso. La vida es siempre maravillosa; es asombroso todo cuanto rodea al hombre: un libro, un mueble, un periódico. A Mambruno le basta mirar a través del cristal y percibir la vibración atmosférica de la calle para gozar de la vida. ¡El placer de los ojos! ¡Saber ver, sí! La vida, como la realidad, su apariencia es inagotable. El espíritu de la vida es la poesía, hay que llegar hasta él, hasta ella. La vida es como un manantial y el hombre bebe y se libera; nada de tragos, a sorbos. Hasta en los momentos más oscuros, más tristes, de su existencia, Mambruno ha amado a la vida. Ya sólo contemplar la vida merece la pena, vivirla es placer digno de un dios. Vivirla en profundidad o en extensión, da lo mismo, en cuerpo y alma, ella se dá al que se entrega, tal como el viento al árbol, le hace oír su rumor inefable.

22 NOVIEMBRE

Desde hace tiempo a Mambruno le obsesiona el mundo del sueño. Es vida también el sueño, pero liberada del tiempo, y donde el espacio es de una tal ilimitación que se vuelve angustioso. Lo fascinante del sueño es que la imaginación desasida de la lógica, desencadenada, se lanza a navegar por su propia cuenta. Si el alma viviera siempre en la profundidad del sueño todo sería fantasmagóricamente bello y desusado, espejo de aguas tranquilas, pero lo que desazona al alma es su vuelta a la realidad, a las trabas de la razón. En el sueño es el alma quien guía. Al despertar, al emerger, tiene que compartir su reino con el cuerpo. El surrealismo, tal vez haya sido su aportación mayor, ha intentado buscar en el mundo del sueño, pero de una manera descosida, automática, y Mambruno opina que la expresión del ambiente mágico del sueño requiere una gran clarividen-

cia imaginativa. No se trata de definir al sueño, ni de sugerirlo con palabras más o menos brillantes o caóticas sino que consiste en evocar, en crear de nuevo su atmósfera lúcida y alucinante.

23 NOVIEMBRE

No hay nada mejor que el trabajo para realizarnos humana y artísticamente, pues el hombre se justifica en la acción y por eso ella contribuye a nuestro desarrollo espiritual. Gracias al trabajo puede sobrellevarse la monotonía que inevitablemente encierra toda existencia, a veces lo cotidiano es como una tela de araña que se enredara al espíritu.

Mambruno vive casi ajeno a la vida (sí a eso puede llamarse vida) de esta ciudad. El vive en la naturaleza que le rodea, en la amistad de algunos, pocos, pero fieles amigos; alguna vez se acoge a la soledad de un cine a las cinco.

Conservar la independencia y entrega absoluta a la creación, fiel a su vocación, a su destino. Algunos creen conocer a Mambruno, pero sólo Mambruno se conoce a sí mismo; él es el único espectador de su propio drama. A Mambruno le basta su intimidad, su humildad, mientras, la imaginación, oh gran devanadora, llena su vida, abriendo así su alma al ensueño y agigantando la imaginación, propicia al deseo. Mambruno suele evadirse de la vida real por el camino de la ensoñación; a veces la ensoñación es su propio estado natural, así le ha sucedido desde su niñez. No obstante. Mambruno vive con mesura, sin alardes, en su sitio, en un estado de contemplación. Mambruno ama a la vida porque la sueña. Sí, sueña la vida para vivirla más hondamente.

24 NOVIEMBRE

Invierno. Mambruno cruza el puente entre girones de niebla, que a veces se extiende oscura y envolvente, y soslaya toda visibilidad, Los pies, resbaladizos; sobre el suelo mojado pisan los zapatos húmedos, y hay en todo como una extraña vibración. Mambruno es como un ser irreal en medio de esta atmósfera blanquecina, brumosa.

Mambruno se ha entretenido, ya en casa, en releer una vez más estas «memorias», y experimenta un hondo goce, pues es así como si se auscultara a sí mismo por dentro, como si en un espejo interior se reflejara su intimidad, su verdadera forma de ser: lo mejor de sí mismo.

25 NOVIEMBRE

Es un día tan blanquecino que Mambruno casi no se ha dado cuenta que es de día.

Ha ido de acá para allá, impulsado por la costumbre. Al pasar junto a un jardín comprobó que aún había rosas, algunas ya marchitas, pero otras vivas todavía con un amarillo tierno o un rojo dulce, de cosa ya madura. El invierno pugna por imperar y la naturaleza se resiste, pero la ley se cumplirá inexorable: el invierno llegará. Al hombre le angustia su futuro, en cambio la naturaleza lo conoce, de aquí emana su serenidad, brota su armonía y por eso vive en perpetuo presente. Para el hombre todo es futuro, todo es deseo. La felicidad humana se produce imaginativamente mediante el recuerdo, o de otra manera, forjando el futuro a través de la esperanza. Sólo en la naturaleza cobra el presente consistencia y se hace verdad mudable pero eterna.

Esta noche hay niebla también. Mambruno escribe, en este momento, con serenidad, seguro de su destino. Escribir es como rezar, lo más serio que puede hacerse en esta vida; es comunicar con Dios mediante palabras encendidas, palabras hondas, labradas en el interior de uno mismo. Por eso a Mambruno no le gusta leer sus versos en voz alta, en público, sería como rezar dando voces, dramáticas voces, en vez de dirigirse con el corazón a Dios o a los hombres, en silencio o en voz baja.

JUAN RUIZ PEÑA

(Continuará)